
Prehistoria

El diluvio bíblico a la luz de la ciencia moderna

OSVALDO F. A. MENGHIN

NACIDO EN MERAN (Tirol), en 1888, se doctoró en filosofía en la Universidad de Viena, donde ha sido profesor de prehistoria (1913-1945). Fue decano de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Viena (1928 a 1929), Rector de la Universidad de Viena (1935-36), Ministro de Educación de Austria en 1938. Miembro de la Academia de Ciencias de Viena. Miembro honorario de las sociedades de Antropología y Arqueología de Dublin, Londres, Madrid, Budapest y Viena; y correspondiente de las de Colonia y Roma. Editor de la Revista Vienesa de Prehistoria (Viena, 1914-43) y de Acta Prehistórica, en Buenos Aires. Desde 1948, profesor de la Universidad de Buenos Aires y desde 1957 profesor de Prehistoria del Viejo Mundo en la facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de La Plata. Ha hecho numerosos viajes de estudio por Europa, Asia y América. Su labor escrita alcanza a 850 trabajos sobre temas de su especialidad.

EL relato bíblico del diluvio universal siempre ha suscitado el interés tanto de los naturalistas como de los historiadores, por cuanto ofrece un contenido que, prescindiendo de su amplificación legendaria, parece compatible con los conocimientos de la ciencia positiva. El lector recordará, sin duda, los detalles de esta historia. Sin embargo, para la mejor comprensión de las exposiciones subsiguientes estimamos oportuno recapitular sus momentos más importantes. No nos interesa la cuestión de la redacción del texto, que parece combinar las indicaciones de dos fuentes distintas y no siempre concordantes, sino sólo su contenido efectivo. Dios, enojado por la malicia de los hombres, decide extinguirlos mediante una gran inundación, exceptuando a Noé y su familia. Ordena a éste construir un arca con techo a dos aguas, de varios pisos y ciertas dimensiones y que se embarque en ella con los suyos y sendos pares de animales puros e impuros, domésticos y salvajes, terrestres

y voladores. Siete días después se abrieron todas las fuentes del gran abismo, es decir del océano, y se precipitaron las cataratas del cielo. Estuvo lloviendo sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches. Las aguas crecieron e hicieron subir el arca muy alto sobre la tierra. Cubrieron todos los montes: quince codos se alzó el agua sobre ellos. Destruyó todas las creaturas vivientes y las aguas dominaron sobre la tierra por espacio de ciento cincuenta días. Pensando en Noé y todos los animales que con él estaban en el arca, Dios hizo soplar al final el viento sobre la tierra, se cerraron los manantiales del abismo y las cataratas del cielo y las aguas se retiraron. El arca se posó sobre los montes de Armenia. (Observo aquí que la palabra *Ararat* del texto hebreo no corresponde al nombre del moderno monte Ararat, sino al país de Urartu, actualmente Armenia. Por consiguiente, todas aquellas noticias sensacionalistas de que algún explorador haya descubierto restos del arca sobre las faldas del monte Ararat, no son más que meras fantasías de hombres exaltados). Pasados cuarenta días, Noé abrió la ventana del arca y despachó un cuervo y tres palomas, una tras otra; la primera regresó, así como también la segunda que portaba en su pico una rama verde de olivo; la última no volvió. Salió entonces Noé del arca, edificó un altar y ofreció holocaustos a Dios, que se complació en aquel olor de suavidad. Y Dios dijo: "Nunca más maldeciré la tierra por las culpas de los hombres. Mientras que el mundo durare, no dejarán jamás de sucederse la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, la noche y el día".

Los primeros que se ocuparon de este relato a la luz de criterios científicos positivos, fueron los geólogos. A comienzos de la ciencia geológica, en los siglos XVII y XVIII, reinaba el *diluvianismo*, teoría que, en inmediata dependencia del Antiguo Testamento, trataba de explicar la existencia de los fósiles como restos de las bestias pericidas como consecuencia del diluvio bíblico. Hoy sonreímos ante errores de esta índole, pero no obstante representan el primer paso de la conquista científica de la naturaleza y son la raíz de todos los progresos futuros. Todavía George Cuvier, una de las más excelsas figuras en la historia de las ciencias naturales y su escuela, defendieron la teoría de los grandes cataclismos contra los *actualistas*, sosteniendo que los organismos de cada época geológica se extinguieron casi completamente debido a enormes catástrofes. Como la última de ellas conside-

PREHISTORIA

raron, por supuesto, la del diluvio de que nos habla la Biblia. Cuando más tarde se supo que la última frase del pasado geológico correspondía a la época de las grandes glaciaciones, se la bautizó Diluvio, término que hasta la fecha está en uso como sinónimo de Pleistoceno, aunque hoy día sabemos que los diluvios bíblico y geológico nada tienen que ver el uno con el otro. La extinción de una limitada serie de especies animales hacia fines del Pleistoceno no fué causada por inundaciones y, además, es seguro que nunca existió un diluvio universal como se lo presumía con motivo de la desperfecta exégesis bíblica de tiempos pasados. Hasta los más ortodoxos teólogos actuales aceptan solamente un diluvio parcial o local.

Uno de los fundadores de la geología moderna —y a la vez gran político liberal de la antigua Austria—, Eduard Suess, estudió con tal enfoque el diluvio bíblico y otras tradiciones pertinentes en su famoso libro: *DAS ANTLITZ DER ERDE* (La faz de la tierra), aparecido en el año 1883; en él dedica un extenso capítulo a este problema. Demuestra que las costas del Océano Indico son azotadas con cierta frecuencia con maremotos en combinación con erupciones de aguas subterráneas, excesivas lluvias y graves disturbios atmosféricos, fenómenos todos que también son conocidos en otras partes del mundo, especialmente en América. Sus efectos sobre las zonas bajas, particularmente en las llanuras de los grandes ríos que desembocan en el mar, son catastróficos. Lo más peligroso son las enormes olas marinas que con irresistible fuerza irrumpen en las costas planas destrozándolo todo. Las desembocaduras de los ríos Eufrates y Tigris, todavía separadas en aquellos tiempos, ofrecen las mejores condiciones para siniestros de esta índole, aunque suceden más frecuentemente en India que en Mesopotamia, como nos lo expresan las tradiciones históricas. Tal vez sea por ésto precisamente, que la impresión del maremoto que causó el antiguo diluvio mesopotámico del que nos hablan la Biblia y otras fuentes semitas, fué tan grande que su memoria se conservó a través de muchos siglos, hasta que pudo ser fijada en forma literaria. Que los fenómenos relatados por las antiguas fuentes orientales se refieren verdaderamente a la región mesopotámica, está atestiguado por la mención de la brea para calafatear el arca; sin duda se trata de asfalto, producto muy común en las montañas de Armenia y que ya era utilizado por las culturas neolíticas de la zona. Suess no pudo dar una

fecha más exacta del diluvio, pero es evidente que pensaba en una época no demasiado lejana del comienzo de la historia mesopotámica. Conocía las tradiciones análogas de los griegos, sirios, egipcios e hindúes y también de algunos pueblos más lejanos como los chinos, los oceánicos y los indios americanos. Presume que las del primer grupo dependen del relato bíblico-mesopotámico, mientras que las otras, en general, tienen carácter muy distinto y, por lo tanto, no se relacionan con las primeras; y sospecha que en algunos casos puede pensarse en influencias de los misioneros. Más adelante veremos que sus deducciones, tanto las geológicas como las históricas, fueron muy acertadas, si bien el problema se torna un poco más complicado a la luz de los conocimientos modernos.

Sin embargo, los estudios del gran naturalista no recibieron mucha atención por parte de los círculos de historiadores y etnólogos. En el año 1891 Richard André, conocido en el mundo científico ante todo por su gran atlas geográfico, publicó un libro sobre la difusión de las leyendas acerca del diluvio. Con esta obra se ensancharon grandemente los conocimientos respectivos; los cuentos sobre el diluvio parecían encontrarse en todas partes del mundo, hasta entre los pueblos más apartados y de culturas primitivísimas. Este hecho dió fuerte impulso a teorías novedosas sobre la localización del diluvio y las migraciones de la leyenda diluviana y, además, parecía reforzar la posición de aquellos que perseveraban en el antiguo pensamiento de la universalidad del diluvio. Sin embargo, los trabajos pertinentes tienen generalmente valor científico muy escaso. Cito como ejemplo el voluminoso libro de Franz von Schwarz que busca en Mongolia el teatro del diluvio. Según este autor, Mongolia estuvo cubierta por un mar interior hasta tiempos muy recientes; su nivel se encontraba a unos dos mil metros sobre los océanos. Un día —precisamente en el año 2297 a. C.— un terremoto destruyó sus orillas y las enormes cantidades de aguas se derramaron hacia el oeste y, al final, en el Mediterráneo. No valdría la pena mencionar obra tan fantástica sino por el lamentable hecho de que ideas de este tipo tienen a veces mucha más fuerza atractiva para los legos que las teorías serias. Piénsese en las fantasías de Poznansky sobre Tiahuanaco o la ininterrumpida cadena de tonterías que se producen acerca de la Atlántida. También

PREHISTORIA

el libro de Schwarz tuvo gran repercusión aunque fuera refutado por una autoridad mundial como Friedrich Ratzel.

Sin embargo, a veces incurren también los auténticos científicos en curiosos errores y crean engañosas modas de investigación que dominan el campo por cierto tiempo. Una de ellas fué la mitología astral, forma de interpretación de los antiguos mitos como símbolos de acontecimientos celestes apoyándose en el hecho de que, particularmente en las religiones del antiguo Oriente, la deificación y el culto de los astros jugaba un importante papel. Esta escuela floreció en la segunda mitad del siglo pasado. Sus exageraciones llegaron hasta vislumbrar en la *Iliada* de Homero la simbolización de fenómenos astrales. Así, no podemos extrañarnos que también la leyenda del diluvio fuera interpretada de esta manera. Lo hizo uno de los más destacados filólogos clásicos alemanes en un opúsculo aparecido en el año 1899: Hermann Usener. Para él, los relatos de los semitas e indoeuropeos —eliminó los otros de su estudio— simbolizan el nacimiento y oriente del Dios Sol. Al arca de Noé la identifica con la barca solar de los mitos que lleva al sol sobre el océano celeste. Pero Usener pasó por alto que el motivo central de la leyenda no es la salvación de Noé ni el arca, sino el castigo de la malvada humanidad, rasgo que queda sin explicación alguna en su concepto. Usener creyó también que las distintas leyendas diluvianas de los pueblos semitas e indoeuropeos son de origen independiente, lo que es imposible en consideración a las numerosas coincidencias que ofrecen. Así, la teoría de Usener no halló muchos adeptos y está hoy en día olvidada como tantas otras ideas extremas de la mitología astral.

Uno de los adversarios de Usener fué Moritz Winternitz, prestigioso indólogo y etnólogo de la Universidad Alemana de Praga, de principios de nuestro siglo. Dos años después de Usener publicó un trabajo sobre leyendas diluvianas de la antigüedad y de los primitivos. Es una de las contribuciones más valiosas sobre el particular pues revisa y reseña toda la bibliografía anterior y acentúa —como ya lo hiciera Suess, pero de una manera mucho más detallada y sistemática— que entre las leyendas sobre inundaciones deben ser distinguidos varios grupos independientes. En verdad existen numerosas leyendas de carácter cosmogónico que tienen como fin el de explicar el origen del mar, de las montañas, de los valles, los terremotos, las mareas, etc.

Los indígenas de la isla de Nías, por ejemplo, cuentan que desde los principios de los tiempos una serpiente llevaba la tierra sobre sus tres cuernos. Cansada, sacudió la cabeza y la tierra se hundió en las aguas. El dios Batava Gura envió a su hija bajo la forma de un ave hacia las regiones inferiores, pero ella no pudo echar pie a tierra en parte alguna. El dios, entonces, hizo caer desde el cielo un cerro desde el cual se extendió otra vez la tierra firme. Su hija dió a luz tres hijos y tres hijas de los cuales descienden todos los hombres. La serpiente tuvo que poner nuevamente la tierra sobre sus cuernos, pero de vez en cuando menea la cabeza, y de ahí el origen de los terremotos. Es claro que cuentos como el de este modelo no pueden ser correlacionados con la leyenda mesopotámica; son creaciones completamente independientes. Otro grupo de leyendas tiene carácter etiológico y fueron inventadas para explicar ciertos fenómenos naturales que llamaron la atención de los habitantes de algún país.

Los esquimales, los zuñi, los chibcha, verbigracia, combinan la existencia de moluscos y peces fósiles en las rocas con grandes inundaciones de épocas pasadas; sacan de sus observaciones las mismas conclusiones que los científicos de siglos pasados. Innumerables son, además, las narraciones locales que se refieren a la destrucción de ciudades viciosas y la formación de lagos en su lugar; la más conocida entre ellas es la graciosa narración de Philemón y Baukis, tópico de una de las metamorfosis de Ovidio. Muchas otras leyendas populares que recuerdan las tradiciones diluvianas se originan sin duda de verdaderos siniestros acuáticos semejantes a los maremotos del Océano Indico. A ellas pertenece, por ejemplo, la leyenda araucana en la que figuran las dos serpientes gigantescas *Kai Kai* y *Tren Tren*, la primera dueña del mar, la segunda de la tierra y de las montañas. *Kai Kai* hace subir el mar para anaquilar todo y *Tren Tren*, por su parte, hace crecer el monte de manera que parte de los hombres puede salvarse en las alturas; otra parte se transforma en animales marinos. Si recordamos que en Chile los maremotos se suceden con cierta frecuencia, no se pondrá en duda que se trata de un mito de la naturaleza, cuya base se halla en tales acontecimientos.

Todas estas narraciones no representan auténticas leyendas diluvianas y son inaptas para comprobar la difusión mundial de la leyenda mesopotámica, pues su invención independiente y muchas ve-

PREHISTORIA

ces local es manifiesta. Les faltan los elementos más característicos del relato bíblico-mesopotámico que especificaremos a continuación: 1) causa del siniestro es la culpabilidad de los hombres que han ofendido a Dios; 2) los hombres buenos que Dios o los Dioses quieren salvar, reciben una advertencia; 3) siempre existe una figura central que puede ser reemplazada por un matrimonio o una familia; 4) la salvación se efectúa, en la mayoría de los casos, mediante una embarcación o, más raramente, por la fuga a un árbol o cerro; 5) los salvados toman consigo animales, plantas y semillas.

Estos motivos se repiten más o menos completos en las leyendas de los semitas indoeuropeos, malayo-polinesios y algunas tribus americanas, las que, por ello, pueden considerarse como emparentadas y de origen común, mientras que las otras nada tienen que ver con este grupo. En lo que respecta a éste, las formas más completas y concretas entre ellas son la bíblica y la babilónica y, por consiguiente, el origen de la historia en la región mesopotámica es altamente probable. Desde aquí se habrían difundido en una época bastante remota a los indoeuropeos, especialmente a los griegos y a los hindúes. De la India migrarían a Indonesia y Oceanía, y probablemente más lejos, hasta América. Respecto al hemisferio occidental debemos confesar que a veces no es posible separar con seguridad lo precolombino de la aportación de los misioneros cristianos. De todos modos debemos sospechar que las leyendas correspondientes de los tupí y de los algonquín se deban a influencias cristianas. Por otro lado, ciertas leyendas diluvianas de México y de Perú son muy antiguas y, además, conectadas con un concepto de mundo que es típico para las altas culturas arcaicas del cercano Oriente, es decir, con el ideario templario y sus cuatro épocas del desarrollo humano, cada una de las cuales termina con un incendio o diluvio mundial. Así, parece probable que leyendas de tipo mesopotámico se hayan extendido a América conjuntamente con las influencias asiáticas que originaron el desenvolvimiento de las altas culturas americanas. Naturalmente, se debe contar con amalgamas secundarias de los distintos grupos de leyendas. Estas explicarían la aparición de uno u otro rasgo mesopotámico en historias como las de los caribes, que nada saben de un héroe, pero sí mencionan que el superior de los espíritus buenos inflige la inundación por la maldad de los hombres. Resumiendo, podemos decir que las

leyendas diluvianas de América no pueden ser aducidas en favor de la universalidad de la tradición sobre un diluvio como el que relata la Biblia.

Los resultados de la etnografía pueden concretarse algo más mediante las investigaciones de la asiriología, como se suele llamar a la ciencia que se ocupa de la filología e historia de Mesopotamia y las regiones limítrofes, aunque no se limita a Asiria o a los asirios. Durante mucho tiempo solamente los fragmentos de la historia babilónica de Berossus, sacerdote de Bal en Babilonia del III siglo a. C., nos transmitieron otra tradición mesopotámica sobre el diluvio. Berossus divide la historia de Babilonia en dos épocas principales: los reyes antes del diluvio y las dinastías postdiluviales. El último rey prediluvial, Xisuthros, es el Noé del diluvio de Berossus. No se pudo obtener mucho de esta variante muy deformada de la antigua leyenda. Pero ya desde mediados del siglo pasado se conocen las inscripciones cuneiformes que nos legan la famosa epopeya de Gilgamesch. Se hallaron en Nínive, en las ruinas del palacio de Ashurbani-pal, que es el Sardanapal de la Biblia, y que reinó desde el 668 al 626. Muy interesado en la historia de su país, hizo copiar todos los antiguos textos que pudiera alcanzar y fundó una gran biblioteca. Además hoy tenemos fragmentos de la epopeya de Gilgamesch que se remontan a unos dos mil años a. C. y es posible que fuera creada en base a antiguas tradiciones en el tiempo de la tercera dinastía de Ur, que fué sumeria. Por eso y también por indicios internos es probable que la epopeya originariamente no fuera una obra semita, sino sumeria. El mundo mitológico en que nos introduce esta poesía se remonta a una alta edad presemita. Para nuestro conjunto tiene importancia especial que abarca un episodio que nos presta un paralelo inapreciable con el cuento bíblico del diluvio.

Gilgamesch de Uruk, protagonista de la epopeya, está buscando la planta antimortal por languidecer su antiguo compañero de lucha. Con ese fin visita a su ascendiente Utnapishtim que ha sobrevivido al diluvio y vive más allá de las aguas de la muerte. Lo halla después de grandes aventuras y Utnapishtim le narra su vida. Vivía en la ciudad de Shurippak sobre el Eufrates y, como hombre bueno, fué avisado por el dios de la sabiduría, *Ea*, que los dioses han decidido perder a los hombres por su malicia mediante un diluvio. Le ordena

PREHISTORIA

derrumbar su casa y construir una nave de ciertas medidas para salvar su vida. Utnapishtim obedeció, edificó un buque de diez pisos, lo calafateó mediante asfalto y después organizó una gran fiesta para sus colaboradores. Luego subió al buque con todos los suyos, sus bienes, diversas semillas de vida, animales, y todos los artesanos. Luego, *Adad*, el dios de la tormenta, desencadenó la tempestad. Hasta los dioses se espantaron y huyeron más arriba, al cielo más alto de Anu, ocultándose como perros. Lamentaron y protestaron estremecidos por el siniestro. El temporal del sur aniquiló el país, bramó seis días y noches y se alzó recién en el séptimo. Toda la humanidad fué transformada en barro y la tierra fué uniforme como un techo. La nave se arrimó al monte Nisir, entre el Tigris y su tributario Zab, al pie de las montañas de Kurdistán donde después de haber soltado varias aves, Utnapishtim salió y realizó un sacrificio. Los dioses enjambra-ron como las moscas alrededor del altar gozando del humo y al final disputaron sobre el siniestro.

Si se estudian los detalles de este relato, del cual solamente podemos citar un magro extracto, se manifiestan bien las estrechas coincidencias con la Biblia. Se distingue del bíblico por su carácter absolutamente pagano, politeísta y antropomorfo, pero por otro lado es más expresivo, más concreto, se podría decir, más técnico. Por ello, ya Eduard Suess, quien en su tiempo no dispuso sino de una traducción muy imperfecta de la epopeya de Gilgamesch, opinó que es más original que la versión del Antiguo Testamento. El eminente asiriólogo Friedrich Delitzsch desencadenó involuntariamente una recia discusión sobre éste y otros problemas que se relacionan con la posición literaria del Génesis. En la Sociedad Alemana de Orientalistas de Berlín dictó en el año 1902 una conferencia sobre "Babilonia y la Biblia", casualmente presenciada por el Emperador Guillermo II. Tal vez solamente por esta razón las exposiciones de Delitzsch produjeron gran sensación, por no decir escándalo, especialmente entre los teólogos ortodoxos tanto católicos como protestantes. Por cierto que Delitzsch se acercó amenadoramente a la exaerada doctrina de los panbabilonistas, para quienes la cultura mesopotámica es la única creadora y la base más antigua de la civilización humana en su más alto sentido, incluso el religioso. Delitzsch defendió la teoría de que las tradiciones, leyes y creencias de Israel dependen en la más amplia

medida de prototipos sumerios y babilónicos. No se dió cuenta de que a pesar de sus muchas coincidencias lo más valioso de las Sagradas Escrituras es el excelso concepto de Dios, el monoteísmo, la alta moral y el incomparable genio religioso en general, todo ello absolutamente propiedad de la Biblia. El cotejo imparcial entre ambos relatos es suficiente para demostrar todo esto con total claridad, aunque sin duda también en la Biblia se hallen algunos antropomorfismos. A la luz de estos aspectos, la cuestión de la prioridad o mayor antigüedad de ciertos motivos o relatos no tiene importancia alguna desde el punto de vista de la historia de la religión, criterio que, por otra parte, no fué apreciado en la justa medida por los adversarios ortodoxos de este investigador liberal. También ellos iban demasiado lejos como suele suceder siempre en conflictos de tal índole. No es una degradación para la Biblia si se comprueba que sus autores utilizaron otras antiguas tradiciones y fuentes preexistentes, lo que es totalmente natural; lo decisivo es lo que hicieron con este material crudo.

Por lo demás, no tengo el propósito de discutir aquí sobre los valores religiosos del Génesis sino el problema científico del eventual carácter histórico del diluvio, es decir, si fué efectivamente un acontecimiento en los albores de la civilización mesopotámica. Desde este punto de vista el relato que nos ofrece la epopeya de Gilgamesch es de gran importancia. Sus descripciones carecen del sabor más hierático de la narración bíblica. Son, como ya señalé, tan frescos y llenos de realismo que dan la impresión de apoyarse en auténticas experiencias. Combinadas con la tradición babilónica sobre las dinastías pre y postdiluviales sugieren el pensamiento de que se trate de una catástrofe prehistórica y preliteraria de Mesopotamia, o sea de su tiempo heroico, sobre el cual originariamente existían solamente relatos orales, cantares de gesta, como los crearon todos los pueblos de cierto grado de civilización y codificados recién después de la invención de la escritura. Eso nos permite presumir que el diluvio mesopotámico sea un acontecimiento de la primera mitad del cuarto milenio antes de Cristo.

La arqueología nos lleva un paso más adelante. Son conocidos los libros del destacado arqueólogo inglés Leonhard Woolley, "Ur y el diluvio" y "Ur en Caldea", traducidos a varios idiomas. Desde 1922 a 1933 el autor realizó excavaciones en la antigua ciudad real

PREHISTORIA

de Ur, que dió al país de los sumerios y akkadios varias dinastías. En el mismo sitio donde descubrió las famosas tumbas de la primera dinastía de Ur, que se fechan alrededor de 2600 a. C., penetró unos siete metros más abajo. En esta ocasión cruzó no menos de ocho capas de construcciones. Continuó excavando por unos seis metros más y desenterró una zona con hornos alfareros en la cual variaron no menos de cinco estilos de cerámica. La más baja y antigua ofreció una factura pintada y bien conocida de otros yacimientos: se llama cerámica de El Obeid. Después siguió un estrato estéril, esencialmente formado de fango fluviátil. El excavador creía encontrarse en la base de la serie de estratos culturales. Sin embargo decidió seguir excavando y, con gran sorpresa de su parte, aparecieron después de otros tres metros y medio de profundidad, nuevas capas culturales con cerámica; era semejante a la que había hallado inmediatamente arriba del estrato fluviátil. Se descubrieron los restos de tres fases de poblamiento superpuestas al suelo originario que se encuentra a un metro por debajo del actual nivel del mar. Fué el borde de una zona habitada, probablemente una isla, del tiempo de la cultura de El Obeid. Estos hallazgos los podemos fechar en la primera mitad del cuarto milenio antes de Cristo. Los indicios permiten concluir que este modesto pueblo fué destruído por una gran creciente. Woolley no dudó que se trata de un testimonio del diluvio de las fuentes literarias.

Se objetó a esta teoría que en Mesopotamia existen aún otros vestigios de inundaciones prehistóricas que no fueron contemporáneas con la de Ur. Pero Woolley recalca que en ninguna parte la acumulación de fango tiene tan enorme grosor. La inundación que atestigua la excavación de Ur correspondería, por tanto, a la más catastrófica entre una serie de sucesos semejantes que azotaron Mesopotamia en aquella época. Según Woolley, la altura de las aguas de esta creciente puede calcularse en unos siete metros. Ello significa en la llanura mesopotámica una inundación de quinientos kilómetros de largo por ciento cincuenta de ancho. Un desastre de tal naturaleza tenía que permanecer grabado en la memoria de una población que ya había alcanzado un considerable nivel de civilización. Pues si bien la cultura de El Obeid muestra esencialmente caracteres campesinos, sus producciones artísticas ya manifiestan un evolucionado gusto; es la inmediata antecesora de la civilización urbana de Mesopotamia, la

más antigua del mundo que comienza a florecer en la segunda mitad del cuarto milenio.

Muchos especialistas creen que los portadores de esta cultura fueron los sumerios, que asoman en las fuentes escritas de la primera mitad del tercer milenio como los pobladores de Mesopotamia meridional, pero ya en competencia con los akkadios, pueblo semita. El problema es complicado y aún no resuelto. De todos modos parece seguro que la cultura de El Obeid fué presemita; pero sus beneficiarios, quizás, tampoco fueron sumerios, sino sus precursores, sojuzgados por ellos bien pronto después del diluvio. Su estado de cultura es un Neolítico bastante desarrollado y corresponde perfectamente a la situación cultural que nos esboza la Biblia y la epopeya de Gilgamesch para el tiempo de Noé o Utnapishtim, que son idénticos; es una figura que a pesar de todo encubrimiento legendario y mitológico podemos atribuirle carácter histórico, lo mismo que al diluvio mesopotámico. Es, en verdad, el primer suceso de la historia humana sobre el que poseemos historia escrita.